

La hora de Fraga

La maza de Fraga ha caído sobre los celtas ucederos. Fraga gana en La Coruña. Fraga gana en Pontevedra. Pío Cabanillas resiste en Orense. «Ahora se enterará Pío de que yo aquí mando un carallo.» Antonio Rosón aguanta el embate en Lugo, detrás de las murallas. Pero Fraga gana en las ciudades. Los votos para Fraga salen de las urnas como percebes, a puñados. Fraga ha ganado un escaño más que los celtas ucederos. Fraga ha sacado más escaños que los socialistas, los del bloque y la izquierda gallega juntos. El partido de don Santiago Carrillo estará mudo en el Parlamento gallego. La verdad es que el partido de don Santiago Carrillo, además de desaparecer de Galicia, anda metido en rebeldías vascas y en cismas catalanes. Como esto siga así, a don Santiago Carrillo le va a mandar el Kremlin a tomar las aguas al balneario de La Toja. El día de vísperas, don Felipe González empezó a predicar a los gallegos el triunfo de los socialistas griegos y el telegrama de Papandreu. «Ay, reicño, que a ese Papandreu no me lo conozco, y yo le voy a votar a don Manuel, rapaz.» Los partidos nacionalistas vascos y catalán llegaban también con ánimos y con dineros.

Como en este país empiecen a votar incluso los gallegos, a lo mejor esponja la democracia, y se pone maja. «Esto es una gaita», decía don Pío al conocer las cifras primeras. Sí, hijo, y lo peor es que es una gaita gallega. Don Adolfo Suárez también se fue a Galicia. Don Adolfo Suárez dice que «si el partido se derechiza, yo me voy.» A don Adolfo Suárez no se le ha derechizado el partido; se le ha derechizado el electorado. Todavía queda un consuelo. Como dicen que a los gallegos no hay manera de entenderles, a lo mejor han votado a Fraga para indicar que quieren que gobierne Felipe. La verdad es que Felipe hizo una campaña con moral de derrota. «Os pido que votéis, sea a quien sea.»

Ahora todos estarán barajando, analizando, desmenuzando e interpretando las cifras del escrutinio. Las calculadoras políticas trabajan. UCD baja tantos votos, tanto porcentaje. Alianza sube tanto. El PSOE se queda en tantos. El «pecé» casi todo. Los que más han votado son los coruñeses. Los que menos han votado son los orensanos. A mí, estos números casi no me importan. Los números

electorales resultan cabalísticos y cada uno los interpreta a su manera. Hay otras cifras electorales mucho más interesantes, y que nadie las da. Lo que yo quiero saber es cuántas nécoras ha destrozado Fraga. Cuántas truchas, cuántas ostras, cuántas cigalas y cuántos lacones. Porque Fraga no sólo ha dejado a los demás sin votos. Ha debido de dejar, también, la costa limpia de mariscos, las despensas peladas, a Betanzos sin huevos para la tortilla, las granjas sin cerdos y a sus huestes sin respiración. Lo que yo quiero conocer es cuántos kilómetros ha recorrido, y cuántos discursos ha echado, y cuántas declaraciones ha hecho, y cuántas botellas ha trasegado, y cuántas manos ha estrechado, y a cuántos paisanos ha rendido. Aquí, un caldo; allí, un lacón grelos; acá, unos versos de Rosalía; allá, un sopapo a diestra; ahora, otros dos lacones; antes de la merienda, una cita de Valle-Inclán; dos docenas de truchas; «un gallego como tú»; dieciete chorizos, veinte discursos, tres litros de Rosal y catorce pueblos más antes de dormir tres horas. La maza de Fraga ha caído sobre los celtas ucederos como un aerolito despeñado, como una catarata desatada, como un bosque se desgaja, como un planeta.

Ya se sabe que no va a pasar lo mismo en todas las demás regiones. Galicia es Galicia. Una cosa así no va a pasar ni en Cataluña, ni en el País Vasco. Pero algo de esto que ha ocurrido en Galicia puede ocurrir en Castilla, en Extremadura, en Murcia, en Baleares, en Canarias. Lo del «voto útil», lo del «voto del miedo» es un invento que ha quedado descuajaringado. Habrá que inventar otro invento. Yo no sé si habrá llegado «la hora de Fraga». Esto debe de ser una exageración electoral. Pero sí sé que el puesto de Fraga en la política española estaba desnaturalizado. Primero, le quitaron el centro. Después, lo echaron de la derecha. Más tarde, le quitaron los votos de la derecha para llevarlos al centro. Y por fin, dejaron la derecha española reducida a nueve escaños en un Parlamento de 350 señorías. Pues mire, no me lo creo. ¡Con razón dice la izquierda que el centro no es el centro, sino la derecha! Nuestro mapa político actual está equivocado. Cuando la derecha sea la derecha, el centro sea el centro y la izquierda sea la izquierda, a lo mejor se calma un poco esta ceremonia de la confusión. Y cada oveja, con su pareja.

Me parece que era don Rafael Calvo Or-

lega, quien se quejaba de que, desde la derecha y desde el socialismo les estaban invadiendo el centro. O sea, que le estaban quitando el juguete. Pues, ojalá. En cuanto en este país queden aislados los extremismos de derecha y de izquierda, y los demás partidos invadan el centro, ya podemos empezar a votar como ingleses, como alemanes o como norteamericanos, sin jugarnos en cada elección el modelo de sociedad, el modelo de libertad y el modelo de uniforme. En cuanto en este país la derecha no sea ultra, la izquierda no sea marxista y el centro sea un partido moderador, capaz de formar con unos o con otros una mayoría parlamentaria, habremos puesto en marcha una democracia sin otros sobresaltos que los indispensables. Mientras no se ajuste a la realidad nuestro mapa político, el centro tendrá miedo a esa «mayoría natural» que predica Fraga y los socialistas buscarán la mayoría en la alianza con los comunistas, como ha sucedido en el gobierno de los Municipios.

El centro debe ahora elegir entre dos posibles mayorías para gobernar Galicia: o se une al PSOE, o se une a Alianza Popular. O abre un turno de alternativas, sin permitir que la derecha o la izquierda se le desvie hacia los extremos. Esta es, creo yo, la gran lección que nos va a dar Galicia después de estas elecciones. Y ese puede ser el ensayo para otras nuevas soluciones en el ámbito nacional. Y otra lección es la que han dado los gallegos a los partidos nacionalistas. La autonomía es una cosa, y las representaciones nacionalistas en el Parlamento de la nación sin otra misión que la de defender intereses parciales, al margen o en contra de los intereses de todo el país, es otra cosa bien distinta. Ya está bien de que, a cambio de cuatro o cinco votos de minorías regionalistas, estemos entregando las soluciones razonables a los grandes problemas nacionales. Los que dicen, gritan e insisten en que ellos son una nación, que no vengán, al menos, a querer gobernar la nuestra.

Es muy posible, casi diría que muy probable, que eso de «la hora de la Fraga» sea una exageración electoral. Bastaría con que en Galicia, con el pretexto de la elección de su Parlamento, nos haya enseñado que debe sonar la hora de la verdad política: la hora de las definiciones claras, y la hora en que cada cual debe ocupar su verdadero sitio.—**Jaime CAMPANY.**